

A poco, Rodrigo de Paz volvió á desmayarse.

—Basta,—dijo Salazar;—transportad á ese hombre á la galería de las ventanas. Allí está un lecho.....

Despues salió.

Lázaro retiró el anafe con la caldera, y dijo á los otros dos carceleros:

—Eh! compadres, sacad eso al patio, hiede á demonio.

La caldera fué transportada al lugar designado por aquel hombre. Cuando estuvo en la luz, uno de los verdugos creyó ver que algo informe se movia bajo la superficie del aceite. Fué entonces á un rincon del patio, y volvió trayendo un pedazo de pala. Metió aquello en la caldera, y comenzó á remover el líquido.

—Cáspita!—exclamó por fin, examinando cierto objeto que se mantenía equilibrado sobre la extremidad de la pala.—Jeofre!..... Canario!..... qué animal es este?..... Jeofre!.....

El otro carcelero, que se entretenía en rociar con agua los carbones del anafe, abandonó su ocupacion y vino á á examinar el objeto que su compañero le mostraba.

—Diablo!.....—exclamó haciendo un gesto.

Lo que acababa de presentarse ante su vista era un pié horrorosamente hinchado, pálido, recocho en el aceite, y medio envuelto por unos cuantos pingajos humeantes, que goteaban sobre la caldera.

—Buen puchero.....—murmuró Jeofre pellizcando el talon de aquel pié difunto. Despues soltó una risotada. Aquella escena era repugnante. Algunos soldados que se habian ido acercando lentamente atraídos por la curiosidad, huyeron horrorizados.....

En la noche, Rodrigo de Paz yacia sobre un colchon

puesto sobre las baldosas de un extenso y solitario aposento, débilmente alumbrado por una lámpara. El alguacil mayor, presa de una fiebre devoradora, se agitaba sacando fuera de las sábanas sus troncos horriblemente mutilados.

Despues caía en el estupor; á poco se animaba y estremecía las bóvedas con sus lamentos. Luego se apoderaba de él un vago delirio, y comenzaba á musitar palabras que parecían respuestas de no se sabe qué preguntas oídas por él solo, enviadas acaso de la eternidad sobre las alas de un susurro de la noche.

El centinela colocado en la puerta..... temerian que D. Rodrigo se les escapase?..... El centinela colocado allí para estorbar la fuga del moribundo, era por una casualidad que nada tenía de extraño, un personaje que ya tenemos conocido, Zancadilla. El pobre hidalgo estaba como en un suplicio. Los gemidos de Rodrigo de Paz le enternecian, y sus palabras delirantes le daban miedo.

Haria media hora que el enfermo se habia calmado, y á la sazón parecia dormir un sueño tranquilo.

De repente se incorporó, giró sobre su asiento, y quedó sentado en el colchon con las piernas extendidas sobre las baldosas.

—Pedro!..... dijo recordando seguramente á su hermano.

—Mandais algo? señor,—preguntó Zancadilla.

—Sí..... acércate.

Zancadilla, que ignoraba fuese aquello un delirio, se acercó lentamente hasta el lecho de D. Rodrigo.

—Mira,—dijo el alguacil mayor buscando algo por debajo de la almohada;—vé, y dale esta llave á D. Francisco

de Medina; que abra, y le entregue todo á Sandoval, y que venga al instante..... acerca ese caballo..... A Barrientos, que tenga cien lanzas listas para las cuatro de la tarde..... á ver, dame mas agua porque hoy hemos corrido como demonios..... agua!.....

Zanadilla tomó un cántaro que los carceleros habian dejado allá para el preso, y le acercó á los áridos labios de Rodrigo de Paz. Este comenzó á beber; pudieran enumerarse los tragos, por el extraño ruido que producía el agua al pasar por aquella garganta insaciable.

Calmada la sed por un momento, D. Rodrigo se recostó en la almohada. Zanadilla arrimó el cántaro á un rincon, y se volvió á su puesto.

Pasaron las horas.

Zanadilla, reclinado en su pica, empezaba á dormirse; el viento se oía resonar por las calles como los aullidos de una jauría satánica. Manos invisibles hacían rechinar las vidrieras de las ventanas, perdidos soplos cruzaban por el aposento, la lámpara oscilaba, y por el fondo de la bóveda se veían revolotear fatídicas sombras.

Las campanas del monasterio de San Francisco dieron las dos de la mañana.

Oyéronse pasos.....

Pero antes de pasar adelante, necesitamos trasportarnos al rastrillo de la fortaleza. Una dama y un caballero acababan de llegar allí, rogando al centinela que llamase al alcaide.

—No puedo abandonar mi puesto,—dijo el soldado.

—Bueno,—repuso el caballero pasando un brazo por las rejas de la empalizada;—¿no habrá por ahí alguno que por estos tres ducados quiera llamarnos á Moncada?

—A ver,—dijo el otro;—veremos.

Pronto se abrió el rastrillo, y dama y caballero se encontraron con el alcaide.

—Venís tarde,—díjoles este.

—Qué!..... qué decis?..... preguntó la dama.

—Que puesto que es imposible dar cumplimiento á lo pactado, os dignareis volver á tomar vuestro dinero.

—Pero..... á ver..... qué ha pasado?..... explicáos, por el cielo.

—Rodrigo de Paz habrá dejado de existir dentro de algunas horas.

—Sí?..... pero vamos..... por qué?.....

—Se le aplicó el tormento.....

La dama dejó escapar un sofocado grito, y estrechó llena de horror el brazo de su compañero.

—No importa!—dijo este;—así nos llevaremos á D. Rodrigo.

—Moribundo?—preguntó el alcaide.

—Muerto!.....—dijo el otro:—llevadnos adonde está su cadáver.

Moncada vaciló por un momento, despues se alejó algunos pasos, llamó al centinela y le dijo:

—Llevad á estos señores á la galería de las ventanas; dadme acá el arcabuz.

El alcaide quedó haciendo la guardia en el rastrillo, mientras las otras dos personas, guiadas por el centinela, se perdieron en el sombrío de la esplanada. Los pasos se alejaron. Moncada, ya solo, sintió miedo ante la presencia pavorosa de la noche. El cielo estaba lívido, negras masas informes se cernían en los aires. El ventarrón seguía azotando con sus ráfagas los almenares de la fortaleza, y ar-

rancando del seno de los horizontes el eco de lúgubres y dilatados gemidos. Los árboles se levantaban, mezclando con los nubarrones sus cabelleras susurrantes. Crujía la empalizada, llovían hojas. De cuando en cuando las alas del viento se enredaban en los cañizares del foso, y metían un ruido verdaderamente siniestro. A veces era peor; diríase que aquellas cañas se acometían á garrotazos.

Moncada se envolvió la cabeza con el capote.

De repente sintió que una mano se apoyaba en su espalda. Aquella mano parecía tener propiedades galvánicas. La cabeza del pobre alcaide se erizó como la cola de un gato. Sus mandíbulas se trabaron, su cuerpo todo fué acometido de un calambre.

Entonces la mano le tomó por el cuello y le sacudió con violencia.

—Con mil diablos!—dijo una voz colérica;—tendré que levantaros á puntapiés, señor Moncada?.....

El alcaide reconoció la voz de Chirinos, y se puso en pié de un salto.

—Qué haceis aquí?—le preguntó Chirinos.

—Señor.....—tartamudeó Moncada.....

—Qué haceis aquí?.....

—Señor..... yo..... yo.....

—Vamos, todo lo he visto y lo he escuchado pero nada temais; por el contrario, mereceis mi gratitud, y seguireis ayudándome.

—Soy un criado de vuesamerced, señor.....

—Conoceis á esa dama?.....

—No es la esposa de Dorantes?

—Bien..... y al caballero?

—Oh! sí..... es soldado antiguo de Cortés. Zapata.

—Me alegro..... yo me figuraba..... pero ¿es él quien preparaba la fuga de Rodrigo de Paz? no habeis podido descubrir si es agente de otra persona?

—Yo?..... no..... pero creo sospechar quién es el móvil de la empresa.

—Quién?

—Es una persona..... pero esto no pasa de una vaga sospecha.

—Quién?

—El padre Valencia.....

—Valencia!.....

—Sí, señor; la dama le fué entregada ayer por D. Francisco de Medina. Cómo ha podido salir esta dama?.....

—Tal vez acertais..... este fraile se cree poderoso con el arma de la excomunion, y no teme provocar nuestra cólera. El monasterio ha comenzado á convertirse en guarida, y Valencia en paladion de los rebeldes..... pero juro á Dios que haré un ejemplar que los pame de espanto.... En fin, por ahora necesito apoderarme de esa mujer..... el diablo me la trae precisamente á las mazmorras donde pensaba sepultarla..... colocad aquí algunos hombres bien armados, y seguidme.

Dicho esto, el alcaide y el gobernador se pusieron en marcha.

Moncada dió sus órdenes al gefe de la guardia, y siguió á Chirinos á la galeria donde se hallaba D. Rodrigo.

Isabel acababa de arrojarse llorando sobre el lecho del alguacil mayor, y Zapata, en pié y cabizbajo, contemplaba aquella escena con ademán de indignacion, y al mismo tiempo de ternura.

Chirinos apareció en la puerta.

Zapata quedó inmóvil; el miedo heló el grito que iba á escaparse de su garganta.

Chirinos se volvió al alcaide, que venia acompañado por cuatro hombres, y le dijo designando al noble escudero de Isabel:

—Sujetad á ese hombre.

Entonces fué cuando Isabel volyió el rostro, y saltó como impulsada por un resorte.

Hola!—dijo Chirinos;—parece que os desagrada mi presencia..... teneis razon, señora; aquí no encontrareis ningun galan nocturno que os defienda de la justicia.

—Caballero.....—exclamó Isabel temblando de piés á cabeza;—yo nunca os he ofendido..... y venís á ultrajarme.....

—Moncada,—dijo Chirinos volviéndose al alcaide;—sujetad tambien á esa mujer.

—Oh, señor!—exclamó la jóven;—qué vais á hacer?.... en qué puedo ofenderos?..... es un crimen haberme negado á la deshonra?..... por qué me pedís un imposible?....

—Ira de Dios!—gritó Chirinos dando un empujón al alcaide;—os movereis, testarudo? que sujeteis á esa mujer os he dicho; ponedla una mordaza para que calle.

Moncada y otros dos hombres se lanzaron sobre Isabel, que dió un gemido y se abrazó con fuerza del cuello de Rodrigo de Paz.

Al mismo tiempo Zapata disparó dos tremebundos puñetazos, y dos hombres que le custodiaban rodaron al suelo. Veloz como un relámpago desnudó la espada y se lanzó sobre el alcaide.

Chirinos, rápido tambien, paró el golpe. Zapata se volvió y acometió á Chirinos. Entretanto, los dos carceleros

derrribados se pusieron en pié y atacaron á Zapata por las espaldas. El bravo soldado de Cortés pudo afortunadamente ganar con tiempo un ángulo de la galería, y puso á cubierto su retaguardia.

Como toda lucha desigual, esta tomó el innoble aspecto de una matanza. Con todo, el puño de Zapata, desplegando un vigor y una destreza increíbles en su edad y en su clase, dominaba aquellas tres espadas que retrocedian y que parecian temblar al restallido de su acero.

Para Zapata debia ser siempre el mismo el resultado de la lucha, de cualquier modo que esta terminase. La muerte le esperaba, vencedor ó vencido. En aquel rincon, si no mataba, le hacian trizas; si mataba rodaria hasta el fondo de una mazmorra, ó su cuerpo se columpiaria colgado de un dogal sobre los fosos de la fortaleza. La esperanza hace á los mártires; pero la desesperacion hace á los héroes. Zapata redobló sus golpes. Poco despues uno de sus adversarios dió un rugido y se apartó de la escena, vertiendo chorros de sangre por una de sus órbitas.

No era menos atroz la escena que tenia lugar con Isabel y los hombres de Moncada. Estos eran Lázaro y Jeofre, los dos verdugos, prontos siempre para la violencia.

Lázaro clavó sus garras en el vestido de Isabel, y la atrajo. Las faldas crugieron, la jóven se asió con mas fuerza á Rodrigo de Paz, y ambos y el colchon fueron arrastrados hasta el centro de la galería.

Jeofre y Moncada se precipitaron sobre Isabel y la afianzaron, cada uno por un brazo. Los labios de la infeliz se abrian para lanzar terrorosos gemidos de angustia. Paz, atacado por el desvarío, pretendia ponerse en pié y arañaba el suelo con los muñones. Zancadilla, mudo espectador

de aquella infame bacanal de asesinos, mezclaba á la algazara gritos ahogados de ¡socorro!

—Qué es esto?.....—dijo de repente una voz que dominó el tumulto.

Las espadas cayeron, los gritos cesaron, y un silencio de sorpresa y de confusión reinó en el aposento.

En la puerta estaba una figura sombría. Era Negromonte.

—Amparadnos..... señor..... exclamó Isabel arrastrándose hasta los piés del secretario. Quien quiera que seáis, caballero, impedid ¡por Dios! que se cometa aquí una infamia!.....

—Alzad, señora, replicó Negromonte inclinándose para ayudar á la jóven; nada temais estando yo aquí para ampararos.

Isabel, sintiéndose aliviada con aquella aparicion, y mas con aquellas consoladoras palabras, sonrió con dulzura, se abrazó á las rodillas de Negromonte y rompió en llanto.

—Señora..... dijo D. Pedro, desciñéndose con suavidad aquellos brazos y poniendo en su voz una expresion insólita de cariño. Conozco la amargura que este ultraje debe haber derramado en vuestra alma, y quisiera vengaros. Pero si no alcanza á tanto mi poder, en cambio podré devolveros parte de la felicidad que habeis perdido. Alzáos, señora, y partid, os lo suplico, de este lugar funesto.

Isabel se habia puesto en pié, y sollozaba casi sobre el pecho de Negromonte.

—Y voz,—añadió este dirigiéndose á Zapata, que aun permanecia contemplándole bajo la impresion de un fatal recuerdo;—acompañad á esta dama al sitio de donde la ha-

beis traído. Llevadla en la litera que destinábais á Rodrigo de Paz.

Zapata envainó el acero y cruzó por entre sus adversarios, que le vieron pasar atónitos. Cuando llegó junto á D. Pedro, le dijo descubriendo su cabeza humedecida por el sudor de la lucha.

—Señor!.....yo no tengo el alto honor de conoceros; no sé quién sois, y tal vez cometa yo una falta..... mas dignaos permitir que un pobre admirador de vuestra noble generosidad, estreche contra su corazon esa mano que defiende al débil, que ampara á la inocencia, y aterroriza á los infames.....

—Tomadla, caballero;—dijo Negromonte presentando su mano;—ella es inútil para vos que sois un valiente.....

Zapata, conmovido tambien con aquella lisonja, estrechó con efusion y bañó con algunas lágrimas la mano de D. Pedro.

—Vamos,—dijo este;—llevaos á esta jóven; y vos, señora, me vereis pronto para hablaros de vuestras esperanzas; id con Dios, y estad tranquila respecto de vuestra suerte.

Isabel fué á depositar un beso en la frente de Rodrigo de Paz.

El desdichado murmuró algunas palabras inconexas en que se mezclaban los nombres de su hermano, de Arróyave y de Francisco de Medina. Despues reclinó su sien calenturienta sobre el seno de la jóven, y prorumpió en sollozos.

Isabel le envolvió en un abrazo de inmensa afliccion, y se desahogó en nuevo lloro.

Al fin tuvo que desprenderse de Rodrigo de Paz, y salió seguida por Zapata.

A una señal de Negromonte salió tambien Moncada,

seguido por sus carceleros. Zancadilla estaba petrificado.

Lázaro!—gritó Negromonte;—tú, quédate;—luego dijo á Chirinos:

—Señor Pero Almindes, habeis olvidado, segun creo, que respondíais de vuestro juramento con la cabeza.....

Chirinos dió un salto y retrocedió hasta la pared, fijando miradas de indescribible asombro, ya en Lázaro, ya en Negromonte.

—Venís á asesinarme!—exclamó.

—No tal; solamente vengo á recordaros vuestra palabra. Serenáos.....

—Pero ese hombre!—murmuró Chirinos viendo profundamente á Lázaro.

—Nada temais,—dijo D. Pedro;—vuestras locuras de estudiante no comprometen todavía los negocios hasta el grado de que tengais que temblar ante la cuchilla de ese hombre.

Chirinos, procurando disimular el estremecimiento que le causaban estas palabras,

—Bien, repuso;—yo os juro de nuevo, que sacrificaré mi amor á la esperanza de mi grandeza. Pero decidme, ¿qué influencia puede tener ya esa mujer en la marcha de nuestros destinos?

—Ya lo sabreis todo; salgamos.

Chirinos arregló su desordenada cabellera, levantó su sombrero que habia caído con la agitacion del combate, y se dispuso á abandonar aquel sitio que le parecia sepulcral. Antes de salir Negromonte se detuvo en la puerta, y designando á Rodrigo de Paz, dijo á Lázaro, que permanecía con los brazos cruzados, siniestro bajo el débil resplandor de la lámpara:

—Lázaro..... haz tu oficio.

El verdugo se acercó á Rodrigo de Paz.....

La aurora del siguiente dia, 9 de Agosto, descubrió á las miradas del pueblo un cadáver suspendido por una cadena á la garrucha de la horca.

El muerto aquel parecia haber sido arrastrado por los charcos de la esplanada; tan empapado así estaba su desordenado traje. La cabellera caída sobre el rostro dejaba ver apenas una azulada línea que era la nariz, y una boca de negrida teniendo afianzado entre los dientes un lívido colgajo, que era la lengua. El cuerpo, atirantado como la cadena, giraba lentamente haciendo relumbrar la botonadura del justillo, y descubria el perfil de aquella fúnebre cabeza dormida, cuya noble expresion no habia podido ser desfigurada ni por las contracciones del dolor ni por el gesto de la muerte.

Los vecinos se acercaban á verle, y huian espantados al reconocer las facciones de Rodrigo de Paz en las de aquel horrendo ajusticiado.

Paz habia cesado de existir.

Sobre aquel monumento de la crueldad y la ambicion de los gobernadores, quedaban escritas con sangre y fuego estas palabras: *es mas terrible y mas seguro el castigo de los débiles que el de los perversos.*